

## CAPITULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta pues la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la cual con el gusto que tenia de oírle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo: ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, queria yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran D. Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor D. Quijote,

porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿como se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienien bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor D. Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrupulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho dias, que aun no está en historia, conviene-



á saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamiento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la Duquesa: de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos que me dice: pues D. Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atendido á las vanas promesas tuyas, sin duda alguna debe de ser el mas loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si atal Sancho Panza le das insula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿como sabrá gobernar á otros? Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígame vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias ha que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole

bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon: y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magüera tonto se me entiende aquel refran de por su mal le nacieron alas á la hormiga; y aun podria ser que se fuese mas ahina Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos: y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado: y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno: y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero: y mas calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia: y al dejar este mundo y méternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el principe como el jornalero: y no ocupa mas piés de tierra el cuerpo del papa que el del sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encojemos, ó nos hacen ajustar y encoger mal que nos pese, y á buenas noches: y torno á decir, que sé



vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por touto, yo sabré no dárseme nada por discreto: y yo he oído decir, que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten). Y como que no mienten, dijo á esta sazón Doña Rodriguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un romance hay que dice, que metieron al rey Rodrigo vivo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo el rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen  
Por do mas pecado habia.

Y segun esto mucha razon tiene este señor en decir que quiere ser mas labrador que rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oír la razones de Sancho, á quien dijo: ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo.

aunque le cueste la vida. El Duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así cumplirá la palabra de la prometida ínsula á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Está Sancho de buen ánimo, que cuando ménos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es que mire como gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay pará que encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza: y para mi santiaguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y sé despabílarle á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé dónde me aprieta el zapato: dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pié ni entrada. Y pareceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podría ser que á quince dias de gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas del que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dijo la Duquesa, que nadie nace



enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco ha tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia debia de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantadores que al señor D. Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner mas duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando ménos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entónces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Monte-

sinos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mismo trage y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por solo mi gusto: y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mia, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor D. Quijote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dijo la duquesa: pero dígame ahora Sancho que es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo. Entónces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la Duquesa dijo: deste suceso se puede inferir que pues el gran Don Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aqui los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dijo



Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos: verdad sea que la que yo vi fué una labradora y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y direte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que por lo ménos es persona bacherillada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento: así que no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oí decir á mi señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájeme ese gobierno, y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero, será buen gobernador. Todo cuanto aqui ha dicho el buen Sancho, dijo la Duquesa son sentencias catonianas, ó por lo ménos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa

suele haber buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un brindis de un amigo ¿que corazon ha de haber tan de mármol que no haga la razon? Pero aunque las calzo no las ensucio: cuanto mas que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la Duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que despues hablaremos mas largo, y daremos órden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. ¿Que rucio es este? preguntó la Duquesa. **Mi asno**, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser mas propio y natural de las dueñas



pensar jumentos que autorizar las salas. ¡O váleme Dios, y cuan mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! Seria algun villano, dijo Doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido él las pusiera sobre el cuerno de la luna. Ahora bien, dijo la Duquesa, no haya mas, calle Doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor que en las cortesias ántes se ha de perder por carta de mas que de ménos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compas en la mano y con medido término. Llévelo, dijo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza

y órden de hacer una burla á D. Quijote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

## CAPITULO XXXIV.

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de como se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.

Grande era el gusto que recibian el Duque y la Duquesa de la conversacion de D. Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian de hacer algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que D. Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio; y así habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á



caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á D. Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podía llevar consigo guardapas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese. Llegado pues el esperado día armóse D. Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no quería consentirlo, y finalmente llegaron á un bosque que entre dos allísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grito y vocería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y D. Quijote, y pu-

siéronse á sus lados: Sancho se puso detras de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algún desmán; y apenas habían sentado el pié y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores vieron que hacía ellos venía un desmesurado jabalí crujendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo, y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle D. Quijote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa si el Duque no se lo estorbaba. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmillado jabalí quedó



atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza D. Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le había conocido, vióle pendiente de la encima y la cabeza abajo, y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era ja amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó D. Quijote, y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabali poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de victoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden, y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la Duquesa de su roto vestido, dijo: si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé que gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida:

yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,  
Como Favila el nombrado.

Ese fué un rey godo, dijo D. Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á truco de un gusto, que parece que no le habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, respondió el Duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: háy en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, escepto el de la volateria, que tambien es solo



para reyes y grandes señores. Así que, o Sancho, mudad de opinion, y cuando seais gobernador ocupaos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaria el gobierno. Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y mas vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan piés, que no piés á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no. Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo D. Quijote; y cuando será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin re-

franes una razon corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores míos, que les molerá las almas, ne solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traídos tan á sazón y tan á tiempo cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querría escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador griego, no por eso son ménos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con mas sazón acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día, y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro oscuro que trujo consigo ayudó mucho á la intencion de los Duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y



los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilies al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pifaros, casi todos á un tiempo, tan continuo y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse D. Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedía. Ola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quien sois? ¿adónde vais? ¿y que gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrisona y desenfadada: yo soy el diablo, voy á buscar á D. Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo frances Montesinos á dar orden á D. Quijote de como ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura mues-

tra, ya hubiérades conocido al tal caballero Don Quijote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en mi conciencia: ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio sin apear-se, encaminando la vista á D. Quijote dijo: á tí *el caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo) me envia el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser pará mas mi venida, no ha de ser mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto tocó el desafortado cuerno, y volvió las espaldas, y fué sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y D. Quijote: en Sancho en ver que á despecho de la verdad querian que es-



tuviese encantada Dulcinea; en D. Quijote por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesinos: y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo; ¿piensa vuesa merced esperar, señor D. Quijote? ¿Pues nó? respondió él, aqui esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, asi esperaré yo aqui como en Flandes, dijo Sancho. En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien asi como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrido áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque alli sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, léjos se reiteraban los lullies agarenos. Finalmen-

te las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hizose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perozosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera; y encima del carro venia becho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luega que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa largá de negro bocaci, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocaci, con tan feos rostros que Sancho habiéndolos visto una vez cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto



en pié, dando una gran voz dijo : yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro dijo : yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pié como los otros, dijo con voz mas ronca y mas endiablada : yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal, y así dijo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba : señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la Duquesa. A lo que replicó Sancho : luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música

siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dijo D. Quijote, que todo lo escuchaba, y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compas de la agradable música vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, sino rica, á los ménos vistosamente vestida : traía el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sía



imperdirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de D. Quijote cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laudes que en el carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro descubrió patentamente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que D. Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias  
dicen que tuve por mi padre al diablo  
(Mentira autorizada de los tiempos)  
Príncipe de la mágica, y monarca  
Y archivo de la ciencia zoroástrica,  
Émulo á las edades y á los siglos,  
que solapar pretenden las hazañas

De los andantes bravos caballeros,  
A quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,  
De los magos, ó mágicos contino  
Dura la condicion, áspera y fuerte,  
La mia es tierna, blanda y amorosa,  
Y amiga de hacer bien á todas gentes.  
En las cavernas lóbregas de Dite,  
Donde estaba mi alma entretenida  
En formar ciertos rombos y caracteres,  
Llegó la voz doliente de la bella  
Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,  
Y su trasformacion de gentil dama  
En rústica aldeana: condolime,  
Y encerrando mi espíritu en el hueco  
Desta espantosa y fiera notomía,  
Después de haber revuelto cien mil libros  
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,  
Vengo á dar el remedio que conviene  
A tamaño dolor, á mal tamaño.

O tú, gloria y honor de cuantos visten  
Las túnicas de acero y de diamante.  
Luz y farol, sendero, norte y guia  
De aquellos que dejando el torpe sueño  
Y las ociosas plumas, se acomodan  
A usar el ejercicio intolerable  
De las sangrientas y pesadas armas:

A tí digo, o varon, como se debe,  
Por jamas alabado, á tí valiente  
Juntamente y discreto D. Quijote,  
De la Mancha esplendor, de España estrella,  
Que para recobrar su estado primo  
La sin par Dulcinea del Toboso,



Es menester que Sancho tu escudero  
 Se dé tres mil azotes y trecientos  
 En ambas sus valientes posaderas  
 Al aire descubiertas, y de modo  
 Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.  
 Y en esto se resuelven todos cuantos  
 De su desgracia han sido los autores.  
 Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto a tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé que tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros he yo, dijo D. Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlin dijo: no ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su

vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé agena mano, aunque sea algo pesada. Ni agena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mi no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo si que es parte suya; pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pié la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció mas que demasíadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza dijo: o malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladron, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu muger y á tus hijos con algun trucu-



lento y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta a todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren a saber con el discurso del tiempo. Pon, o miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos míos, comparados a rutilantes estrellas, y veraslos llorar hilo a hilo, y madeja a madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón y mal intencionado monstro, que la edad tan florida mía, que aun se está todavía en el diez y seis, de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego a veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de harón ese brio, que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la fisura de mis carnes, la man-

sedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rigida ó blanda respuesta ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta D. Quijote, y dijo volviéndose al Duque: por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta. ¿Qué decis vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes aberrancio. Abrenuncio, habeis de decir, Sancho, y no como decis, dijo el Duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sotilezas ni en letras mas á ménos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del Toboso adonde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestión



indómifo, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ¿ó vame á mi algo en que se desecante ó no? ¿ Que canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádvas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que había de traerme la mano por el cerro, y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes; y habían de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni estan los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventado de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena dello como de volverme cacique. Pues en verdad, amigo San-

cho, dijo el Duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos habeis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dijo Merlin, aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su pristino estado de labradora, ó ya en el ser que está será llevada á los eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vúpulo. Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradecer por su buena condicion y por sus altas caballeras. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazón quebranta mala ventura como vos bien sabeis. A estas razones respondió



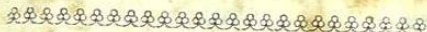
con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: dígame, vuesa merced, señor Merlin, cuando llegó aquí el diablo correo dió á mi amo un recado el señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar órden de que la señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejanzas. A lo cual respondió Merlin: el diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por descollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéredes: y por ahora acabad de dar el sí desta diciplina; y creedme, que os será de mucho provecho así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la hareis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho: pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos

azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goze el mundo de la hermosura de la señora Doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, que si algunos azotes fueron de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Ilen, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la



música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y D. Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho : y ya en esto se venía á mas andar el alba alegre y risueña : las florecillas de los campos descollaban y erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban : la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que e dia que al aurora venía pisando las faltas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con propuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia veras que mas gusto les diesen.

FIN DEL TOMO TERCERO.



## TABLA

### DEL TOMO TERCERO.

#### SEGUNDA PARTE.

	Pag.
CAP. I. — De lo que el cura y el barbero pasaron con D. Quijote cerca de su enfermedad.	15
CAP. II. — Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de D. Quijote, con otros sucesos grocoisos.	50
CAP. III. — Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza, y el bachiller Sanson Carrasco.	58
CAP. IV. — Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.	50
CAP. V. — De la discreta y preciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.	58
CAP. VI. — De lo que le pasó á D. Quijote con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.	68
CAP. VII. — De lo que pasó D. Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.	77